

Mi muerte te sirve hoy,  
Si esta te crece los gustos,  
Y aquella te los quitó.  
Quien sirve muriendo, muera,  
Pues muerto sirve mejor;  
Que en la dicha del acierto  
Hallará su galardón.  
« ¡Ay qué dolor! etc. »  
Felicamente difunto,  
Todo el valle me envidió;  
Que morir por ti, zagala,  
Es la ventura mayor.  
A eterno mi nombre aspira,  
Pues que por ti le erigió  
Un bulto en cada memoria  
Y en cada tronco un padrón.  
« ¡Ay qué dolor! Ay qué dolor! »

(Maravillas del Parnaso.)

1780.

A UN JILGUERO.  
(Anónimo.)Hermoso jilguerillo,  
Que del florido abril

La verde estancia dejas  
Por otra mas feliz,  
Dichoso tú mil veces,  
Y felice otras mil,  
Que á ser cuidado vienes  
De un bello serafín.  
Tú prisionero vives,  
Yo libre, sin vivir :  
¡Oh qué extremos son estos  
De un corazón gentil!  
Si en ese laberinto  
Amor te tiene, di  
Que sabes qué es amar  
Para saber sentir.  
Tú gozas los favores  
Que yo te envidio, sí;  
Pero yo los estragos  
De su crueldad sin fin;  
Mas dile al dueño mio  
Lo que te digo á tí :  
Que el fuego en que me abraso,  
No lo puedo encubrir.

(Romances varios de diferentes autores.)

## APÉNDICE II.

ROMANCILLOS VARIOS, HECHOS EN VERSOS CORTOS DE ENDECHAS<sup>1</sup>.

## ROMANCILLOS ALEGÓRICOS.

1781.

LA BARQUILLA.—I.

(De Lope de Vega Carpio.)

¡Pobre barquilla mía,  
Entre peñascos rota,  
Sin velas desvelada,  
Y entre las olas sola!  
¿Adónde vas, perdida?  
¿Adónde, di, te engolfas?  
Que no hay deseos cuerdos  
Con esperanzas locas.  
Como las altas naves  
Te apartas animosa  
De la vecina tierra,  
Y al fiero mar te arrojas.  
Igual en las fortunas,  
Mayor en las congojas,  
Pequeña en las delensas,  
Incitas á las ondas.  
Advierte que te llevan  
A dar entre las rocas  
De la soberbia envidia,  
Naufragio de las honras.  
Cuando por las riberas  
Andabas costa á costa,  
Nunca del mar temiste  
Las iras procelosas.  
Segura navegabas,  
Que por la tierra propia  
Nunca el peligro es mucho  
Adonde el agua es poca.  
Verdad es que en la patria  
No es la virtud dichosa,  
Ni se estima la perla  
Hasta dejar la concha.  
Dirás que muchas barcas  
Con el favor en popa,  
Saliendo desdichadas,  
Volvieron venturosas.

No mires los ejemplos  
De las que van y tornan;  
Que á muchas ha perdido  
La dicha de las otras.  
Para los altos mares  
No llevas cautelosa,  
Ni velas de mentiras,  
Ni remos de lisonjas.  
¿Quién te engañó, barquilla?  
Vuelve, vuelve la proa;  
Que presumir de nave  
Fortunas ocasiona.  
¿Qué jarcias te entretejen?  
Qué ricas banderolas  
Azote son del viento  
Y de las aguas sombra?  
¿En qué gavia descubres  
Del árbol alta copa,  
La tierra en perspectiva  
Del mar incultas orlas?  
¿En qué celajes fundas  
Que es bien echar la sonda,  
Cuando, perdido el rumbo,  
Erraste la derrota?  
Si te sepulta arena,  
¿Qué sirve fama heróica?  
Que nunca desdichados  
Sus pensamientos logran.  
¿Qué importa que te ciñan  
Ramas verdes ó rojas,  
Que en selvas de corales  
Salado césped brota?  
Laureles de la orilla  
Solamente coronan  
Navíos de alto bordo  
Que jarcias de oro adornan.  
Que quien á su bien no torna,  
No quieras que yo sea,  
Por tu soberbia pompa,  
Factote de barqueros  
Que los laureles lloran.  
Pasaron ya los tiempos,  
Cuando lamiendo rosas  
El céfiro bullía  
Y suspiraba aromas.

Ya fieros huracanes  
Tan arrogantes soplan,  
Que salpicando estrellas,  
Del sol la frente mojan;  
Ya los valientes rayos  
De la vulcana forja,  
En vez de torres altas,  
Abrasan pobres chozas.  
Contenta con tus redes,  
A la playa arenosa  
Mojado me sacabas;  
Pero vivo, ¿qué importa?  
Cuando de rojo nácar  
Se afeitaba la aurora,  
Mas peces te llevaba  
Que ella lloraba aljofar.  
Al bello sol que adoro,  
Enjuta ya la ropa,  
Nos daba una cabaña  
La cama de sus hojas.  
Esposo me llamaba,  
Yo la llamaba esposa,  
Parándose de envidia  
La celestial antorcha.  
Sin pleito, sin disgusto,  
La muerte nos divorcia :  
¡Ay de la pobre barca  
Que en lágrimas se ahoga!  
Quedad sobre la arena,  
Inútiles escotas,  
Que no ha menester velas  
Quien á su bien no torna.  
Si con eternas plantas  
Solamente coronan  
Las fijas luces doras,  
¡Oh dueño de mi barca!  
Y en dulce paz reposas,  
Merzeza que le pidas  
Al bien que eterno gozas,  
Que adonde estás, me lleve,  
Mas pura y mas hermosa.  
Mi honesto amor te obligue;  
Que no es digna victoria  
Para quejas humanas  
Ser las deidades sordas.

¡Mas ay que no me escuchas!  
Pero la vida es corta :  
Viviendo, todo falta ;  
Muriendo, todo sobra.

(VEGA CARPIO, La Doroleta.—It. Maravillas del Parnaso.)

<sup>1</sup> En este género de composiciones se incluyen aquellas cuya base principal es la combinación asonantada del romance, aunque por tener estribillo tengan semejanza con las letras ó villancicos.

<sup>2</sup> A la muerte de su esposa se cree hizo el poeta esta composición y las tres siguientes. Las dos primeras son en su género un modelo de perfección, de sensibilidad y de melancólica dulzura. En las dos últimas, sugeridas mas bien por la celebridad de las anteriores, que por la espontaneidad y original inspiración, el ingenio de Lope decaía y se arrastra imitándose y exagerándose á sí mismo. Sin embargo, las composiciones son buenas, y solo parecen serlo menos comparándolas con las que las precedieron.

1782.

LA BARQUILLA.—II.

(De Lope de Vega Carpio.)

Para que no te vayas,  
Pobre barquilla, á pique,  
Lastremos de desdichas  
Tu fundamento triste.  
Pero tan grave peso  
¿Cómo podrás sufrirlo?  
¿Si fuera de esperanzas,  
No fuera tan difícil!  
Del viento fuéron todas,  
Para que no te lies  
De grandes oceanos  
Que las bonanzas lingen.  
Halagan las orillas  
Con ondas apacibles,  
Peinando las arenas  
Con círculos sutiles :  
Serenas de semblante  
Engañan los esquifes,  
Jugando con los remos  
Porque no los avisen;  
Pero en llegando al golfo,  
No hay monte que se empine  
Al cielo, mas gigante,  
Adonde tantos gimen.  
Traidoras son las aguas;  
Ninguno se confie  
De condicion tan fácil,  
Que á todos vientos sirva.  
Tan presto ver el cielo  
A las gaviotas permite,  
Como que los abismos  
Las rotas quillas pisen.  
Ya, pobre leño mio,  
Que tantos años fuiste  
Desprecio de las ondas  
Por Scilas y Caribdis,  
Es justo que descanses,  
Y en este tronco firme  
Atado como loco,  
Del agua te retires.  
No inventes nuevas tablas  
Ni al viento desafies;  
Que ruinas del tiempo  
Ninguna enmienda admiten.  
Mientras te cuelgo al templo,  
Victorioso apercebe  
Para injustos agravios  
Paciencias invencibles.  
En la deshecha popa  
Desengañado escribe :  
« Ninguna fuerza humana

## APÉNDICE II.

« Al tiempo se resiste. »  
No te anuncien las aves  
Tempestades terribles,  
Ni el ver que entre las ramas  
Airado el viento silbe ;  
No admires los que salen,  
Ni barco nuevo envidies,  
Porque le adornen jarcias  
Y velas le entapicen ;  
A climas diferentes  
La errada proa inclinen  
Las poderosas naves  
De Césares Felipes :  
Antárticos tesoros  
Alegres soliciten.  
Diamantes orientales,  
Zafiros y amatistes ;  
Las armas de las popas  
Con generosos timbres  
Los montes de agua espanten,  
La tierra opuesta admiren ;  
Y tú, de solo el cielo  
Cubierta, no porfies  
A volver á las ondas,  
De quien saliste libre.  
Huye abrasadas Troyas,  
Siendo al furor de Aquiles,  
Enéas el silencio,  
Y la virtud Anquises.  
Cuando tú, dueño mio,  
En esta orilla viste,  
Saliendo de las aguas,  
Salir á recibirme.  
Aun no mostraba el alba  
Sus candidos perfiles,  
Riendo en azucenas,  
Llorando en alielis.  
Cuando á buscar regalos  
Eras pomposo cisne  
Por las ocultas sendas  
Del reino de Anfitrite,  
No temias tormentas  
Ni encantadoras Circees ;  
Que ya para sirenas  
Era mi amor Ulises ;  
Y aun me vieron á veces  
Sus cristalinas sirtes,  
Búzaro de las perlas  
Y de los peces linces.  
¿Qué pesca no le truje  
Cuando la noche viste  
De sombras estos montes  
Que con mi amor compiten ?  
Y no en luciente plata,  
Sino en tejidas mimbres ;  
Que donde vienen almas  
Son las riquezas viles.  
No hay cosa entre dos pechos  
Que mas el alma estime,  
Que verdades discretas  
En apariencias simples.  
Ya la temida parca,  
Que con igual pié mide  
Los edificios altos  
Y las chozas humildes,  
Se la robó á la tierra,  
Y con eterno eclipse  
Cubrió sus verdes ojos ;  
Ya de los cielos iris,  
Aquellas esmeraldas  
Que con el sol dividen  
La luz y la hermosura,  
En otro cielo asisten.  
Aquellos que tuvieron,  
Riéndose apacibles,  
La honestidad por alma,  
Que no el despejo libre,  
Ya de su voz no tienen,  
Que dulcemente imiten

Los arroyos pasajes,  
Los ruiseñores típles.  
No sé cuál fué de entrambos,  
Bellísima Amarflis,  
Ni quién murió primero,  
Ni quién agora vive.  
Presumo que trocámos  
Las almas al partirte ;  
Que pienso que es la tuya  
Esta que en mi reside.  
Tendido en esta arena,  
Con lágrimas repite  
Mi voz tan dulce nombre  
Porque mi pena alivie.  
Las ondas me acompañan,  
Que en los opuestos fines  
Con tristes ecos suenan,  
Y lo que digo dicen.  
No hay roca tan soberbia,  
Que de verme y oirme  
No se deshaga en agua,  
Se rompa y se lastime.  
Levantán las cabezas  
Las focas y delphinés,  
A las amargas voces  
De mis acentos tristes.  
No os admireis, les digo,  
Que llora y que suspira  
Aquel barquero pobre  
Que alegre conocisteis.  
Aquel que coronaban  
Laureles por insigne,  
Si no miente la fama  
Que á los estudios sigue,  
Ya por desdichas tantas  
Que le humillan y oprimen,  
De lúgubres cipreses  
La humilde frente ciñe.  
Ya todo el bien que tuve  
De verte, me despide :  
Su muerte es esta vida  
Que me gobierna y rige.  
Ya mi amado instrumento,  
Que hazañas invencibles  
Cantó por admirables,  
Lloró por infelices,  
En estos verdes sauces  
Ayer pedazos hice.  
Supieronlo barqueros,  
Enojados me riñen :  
Cuál toma los fragmentos  
Y á unirlos se apercebe ;  
Pero difunto el dueño,  
¿Las cuerdas de qué sirven?  
Cuál le compone versos,  
Cuál, porque no le pisen,  
Le cuelga de las ramas,  
Transformacion de Tisbe.  
Mas yo, que no hallo engaño  
Que tu hermosura olvide,  
A cuanto me dijeron  
Llorando satisface.  
Primero que me alegre  
Será posible unirte  
Este mar al de Italia  
Y el Tajo con el Tíbre.  
Con los corderos mansos  
Retozarán los tigres,  
Y faltará á la ciencia  
La envidia que la sigue ;  
Que quiero yo que el alma  
Llorando se destile,  
Hasta que con la suya  
Esta unidad duplique ;  
Que puesto que mi llanto  
Hasta morir porfíe,  
Tan dulces pensamientos  
Serán despues fenices.  
En bronce sus memorias

Con eternos buriles  
Amor, que no con plomo,  
Blando papel imprime.  
¡Oh luz que me dejaste!  
¿Cuándo será posible  
Que vuelva á verte el alma,  
Y que esta vida animes?  
Mis soledades siente;  
¡Mas ay! que donde vives,  
De mis deseos locos  
En dulce paz te ries.

(VEGA CARPIO, *La Dorotea*.)

1785.

LA BARQUILLA. — III.

(De Lope de Vega Carpio.)

— ¡Ay soledades tristes  
De mi querida prenda,  
Donde me escuchan solas  
Las ondas y las fieras!  
Las unas que espumosas  
Nieve en las peñas siembran,  
Porque parezcan blandas  
Con mi dolor las peñas;  
Las otras que bramando  
Ya tiemblan la fiereza,  
Y en sus entrañas hallan  
El eco de mis quejas.  
¿Cómo sin alma vivo  
En esta seca arena,  
O cómo espero el día  
Si está mi aurora muerta?  
¿O pediré llorando  
La noche de su ausencia,  
Que, pues ya viven juntas,  
Entrambas amanezcan?  
Pero saldrán las suyas,  
Y no saldrá mi estrella;  
Que aunque de noche salen,  
Padece noche eterna.  
Alma Venus divina,  
Que día y noche muestras  
La senda de la aurora  
Y del mayor planeta,  
Por esta noche sola  
Le da la presidencia,  
Pues sabes que te ignora  
Su luz y su pureza.  
Cubra funesto luto,  
Barquilla pobre y yerma,  
De la proa á la popa  
Tus jarcias y tus velas:  
No ya cendal te vista,  
Ni te coronen fiestas  
Marítimos hinojos,  
Mas venenosa adelfa.  
Las juncias y espadañas  
Que de aquestas riberas  
Con sus dorados lirios  
Tejidas orlas eran,  
Y los laureles verdes,  
Secos tarayes sean;  
Lo inútil de sus hojas  
Mis esperanzas tengan,  
Y rómpaste de suerte  
Que parezcas deshecha  
Cabaña despreciada  
Que los pastores dejan;  
No ya por la mesana  
Tus flámulas parezcan  
Sierpes de seda al viento,  
De tafetan cometas;  
No de alegres colores,  
Sino de sombras negras,  
Las palas de tus remos  
Las ondas encanezcan;  
No las desnudas ninfas,

Cuando la vela tiendas,  
A la embreada quilla  
Arrimen las cabezas:  
Deshechos huracanes  
Te saquen y te vuelvan,  
Pues ya la mar de España  
Les concedió licencia.  
Vosotros, ¡oh barqueros!  
Que en aquestas aldeas  
Dejais vuestras esposas  
Hermosas y discretas,  
Si obligan amistades,  
A mis tristes endechas,  
En tanto que las olas  
Por estas rocas trepan,  
¡Pues viven retiradas  
Las barcas y las pescas,  
Ayudad con suspiros  
Mis lastimadas quejas.  
El que á la mar saliere,  
Para que presto vuelva,  
Embárguese en mis ojos,  
Y la tendrá mas cerca.  
El que estuviere alegre,  
Ni venga ni me vea;  
Que volverá de verme  
Con inmortal tristeza.  
Cortad cipres funesto,  
Y acompañad mi pena  
Con versos infelices  
De miserables elegías.  
Y el que mejores rimas  
Hiciere á las exequias  
De mi querida esposa,  
Tal premio se prometa.  
Aquí tengo dos vasos,  
Donde esculpidas tenga  
La desdeñosa Dafne  
Y la amorosa Leda:  
Aquella verde lauro,  
Y con las plumas, esta,  
Del cisne, por quien Troya  
Llamó su fuego á Elena;  
Y dos redes tan juntas,  
Que si sus nudos cuenta,  
Podrá suspiros míos,  
Y yo del mar la arena.  
Sacarán las Nayades,  
Las Driadas y Óreas,  
Aquellas de las ondas,  
Las otras de las selvas,  
Las frentes que coronan  
Coralet y verbenas,  
Para que doble el llanto  
Tan misera tragedia.  
Ya es muerta, decid todos,  
Ya cubre poca tierra  
La divina Amarilis,  
Honor y gloria nuestra:  
Aquella, cuyos ojos  
Verdes, de amor centellas,  
Músicos celestiales,  
Orfeos del alma eran;  
Cuyas hermosas niñas  
Tenian como reinas  
Doseles de su frente  
Con armas de sus cejas;  
Aquella cuya boca  
Daba lección risueña,  
Al mar, de hacer corales,  
Al alba, de hacer perlas;  
Aquella que nos dijo  
Palabras extranjeras  
De la virtud humilde,  
De la verdad honesta;  
Aquella cuyas manos,  
De vivo azahar compuestas,  
Eran nieve en blancura,  
Cristal en transparencia;

Cuyos piés parecían  
Dos ramos de azucenas,  
Si para ser mas lindas  
Nacieran tan pequeñas;  
La que en la voz divina  
Desafió sirenas,  
Para quien nunca Ulises  
Pudiera hallar cantela;  
La que añadió al Parnaso  
La musa mas perfecta,  
La virtud, el ingenio,  
La gracia y la belleza:  
Matóla su hermosura,  
Porque ya no pudiera  
La envidia oír su fama  
Ni ver su gentileza.  
Venid á consolarme  
Si puede ser que sea;  
Mas no vengais, barqueros,  
Que no quiero perderla;  
Que si mi vida dura  
Es solo porque sienta  
Mas muerte con la vida,  
Mas vida que sin ella.  
Ya roto el instrumento,  
Los lazos y las cuerdas,  
Lo que la voz solía  
Las lágrimas celebran.  
Su dulce nombre llamo;  
¡Mas poco me aprovecha;  
Que el eco que me burla,  
Con mis acentos suena!  
Mi propia voz me engaña,  
Y como voy tras ella,  
Cuanto la sigo y llamo,  
Tanto de mí se aleja.  
En este dulce engaño,  
Pensando que me espera,  
Salen del alma sombras  
A fabricar ideas.  
Delante se me ponen,  
Y yo con ansia extrema  
Lo que imagino, abrazo,  
Por ver si afecto engendra;  
Pero en desdicha tanta  
Y en tanta diferencia,  
Los brazos que engañaba  
Desengañados quedan.  
¿Qué alegre respondía,  
Dividiendo risueña  
Aquel clavel honesto  
En dos esferas medias!  
Y yo, su esposo triste,  
Al desatar la lengua,  
Cogía de sus hojas  
La risa con las perlas.  
Mas ya no me responde  
Mi dulce amada prenda;  
Que en el silencio eterno  
A nadie dan respuesta.  
De suerte sus memorias  
En soledad me dejan,  
Que busco sus estampas  
Por esta arena seca.  
Y donde tantas miro  
(¡Qué locura tan nueva!)  
Escojo las menores,  
Y digo que son ellas.  
No hay árbol donde tuvo  
Alguna vez la siesta.  
Que no le abrace y pida  
La sombra que me niega;  
Y entre estas soledades  
Con ansias tan estrechas  
No miro su retrato.  
Y muérome por verla;  
Que no pueden los ojos  
Sufrir que muerta sea  
La que tan lindo talle

Pintada representa.  
Lo que deseo huyo,  
Porque de ver me pesa  
Que dure mas el arte  
Que la naturaleza.  
Sin esto, porque creo,  
Como me mira atenta,  
Que pues que no me habla,  
No debe de ser ella.  
Pintóla Francelise,  
De las paredes cuelga  
De mi cabaña pobre;  
¡Mas qué mayor riqueza!  
Si alguna vez acaso  
Levanto el rostro á verla,  
Las lágrimas la miran,  
Porque los ojos ciegan.  
Mas no podrá quejarse  
De que otra cosa vean  
Aunque mirase flores  
Sin parecerme feas.  
Tan triste vida paso,  
Que todo me atormenta:  
La muerte, porque huye,  
La vida, porque espera.  
Cuando barqueros miro,  
Cuyas esposas muertas,  
Que tanto amaron vivas,  
Olvidan y se alegran,  
Huyo de hablar con ellos,  
Por no pensar que puedan  
Hacer en mí los tiempos  
A su memoria ofensa;  
Porque si alguna cosa,  
Aun suya, me consuela,  
Ya pienso que la agravio,  
Y dejo de tenerla.  
Así lloraba Fabio  
Del mar en las riberas,  
La vida de Amarilis,  
La muerte de su ausencia,  
Cuando atajaron juntas  
Con desmayada fuerza  
El corazón las ansias,  
Las lágrimas la lengua.  
Amor, que le escuchaba,  
Dijo: — La edad es esta  
De Piramo y Leandro,  
De Porcia, Julia y Fedra;  
Que no son de estos siglos  
Amores tan de véras,  
Que ni el morir los cura  
Ni el tiempo los remedia. —

(VEGA CARPIO, *La Dorotea*.)

1784.

LA BARQUILLA. — IV.

(De Lope de Vega Carpio.)

Gigante cristalino,  
Al cielo se oponía  
El mar con blancas torres  
De espumas fugitivas,  
Cuando de un tronco inútil,  
Cuyas ramas solían  
Hacer doseles á un prado  
Que fué de un rayo envidia,  
Tenia Fabio atada  
Su misera barquilla,  
Los remos en la arena,  
La red al sol tendida.  
Ya no repara en nada;  
Que quien de sí se olvida,  
Grandes memorias tiene,  
Que á tanto mal le obligan.  
Baja fortuna corre,  
Poco la vida estima,  
Quien todo lo desprecia

Y á todo se retira;  
Que despreciarlo todo  
Es humildad altiva,  
Accion desesperada,  
Que no filosofía.  
«Mas tanto pueden tristezas  
De pasadas alegrías,  
Que obligan y porfian  
A no estimar la muerte ni la vida.»  
Las atrevidas ondas  
Que á conquistar subían  
Por escalas de vidrio  
Las almenas divinas,  
Abrieron una nave  
Desde el tope á la quilla,  
Sembrando por las aguas  
Velas, jarcias y vidas;  
Y dijo: — Si estuvieras  
Atada á las orillas  
Como mi barca pobre,  
Vivieras largos días.  
Dichoso yo, que puedo  
Gozar pobreza rica,  
Sin que del puerto amado  
Me aparte la codicia.  
La soledad me mata  
De un bien que yo tenia;  
No los palacios altos  
Ni el oro de las Indias.  
Cuando anegarse veo  
Las naves y desdichas,  
Consuelo halla en las aguas  
La pena de las mias.  
«Mas tanto pueden, etc.»  
Memorias solamente  
Mi muerte solicitan;  
Que las memorias hacen  
Mayores las desdichas.  
Para regalo tuyo,  
Amarilis divina,  
Cuando el aurora rayos,  
Redes al mar tendía,  
Sacaba yo corales,  
Que como se corrian  
De verse con tus labios,  
Mas finos parecían.  
A tus hermosas manos  
Levar también solía  
Los peces y las perlas  
En una concha misma.  
De mi humilde cabaña  
Las paredes suspiran,  
Adonde yo gozaba  
Su dulce compañía;  
Y en tantos desconsuelos  
Quiere el amor que sirvan  
En esperanzas muertas  
Estas memorias vivas.  
«Mas tanto pueden, etc.»  
Tan vivo está en mi alma  
De tu partida el día,  
Que vive ya mi muerte,  
No vive ya mi vida.  
Nunca del pensamiento  
Un átomo se quitan  
Las luces eclipsadas  
De tu postrera vista.  
Así las azucenas  
Por la calor estiva,  
Entre las hojas verdes  
Las candidas marchitan:  
Así la pura rosa  
Que vió la dulce risa  
Del alba, con la noche  
La púrpura retira.  
Trocado muerte habemos,  
Siendo en mis ansias vivas,  
Tú la vida que muere,  
Mi alma la que espira.

Intento consolarme  
Con ver que, fugitiva,  
Parece que me llamas  
Y que á partir me animas.  
«Mas tanto pueden desdichas,  
Que obligan, si porfian,  
A no estimar la muerte ni la vida.»

(VEGA CARPIO, *La Dorotea*. — It. *Muravillas del Parnaso*.)

ROMANCILLOS ERÓTICOS  
Ó AMATORIOS.

1785.

(De Cristóbal Suarez de Figueroa.)

Bella zagaleja  
Del color moreno,  
Blanco milagroso  
De mi pensamiento;  
Gallarda trigüña  
De belleza extremo,  
Ardor de las almas,  
Y de amor trofeo;  
Suave sirena,  
Que con tus acentos  
Detienes el curso  
De los pasajeros:  
Desde que te vi,  
Tal estoy, que siento  
Preso el albedrío,  
Y abrasado el pecho.  
Hasta donde estás  
Vuelan mis deseos  
Llenos de afición,  
Y de miedo llenos,  
Viendo que te ama  
Mas digno sugeto,  
Dueño de tus ojos  
De tu gusto cielo.  
Mas ya que se fué  
Dando al agua remos,  
Sienta de mudanza  
El antiguo fuero.  
Al presente olvidan;  
Y quien fuere cuerdo,  
En estando ausente  
Téngase por muerto.  
Y pues vive el tuyo  
En extraño reino,  
Por ventura esclavo  
De rubios cabellos,  
Antes que los tuyos  
Se cubran de hielo,  
Con piedad acoge  
Suspiros y ruegos.  
Permite á mis brazos  
Que se miren hechos  
Yedras amorosas  
De tu airoso cuerpo,  
Que á tu fresca boca  
Robaré el aliento,  
Y en tí trasformado  
Moriré, viviendo.  
Himeneo haga  
Nuestro amor eterno;  
Nazcan de nosotros  
Hermosos rentevos;  
Tu beldad celebren  
Mis sonoros versos,  
Por quien no te ofendan  
Olvido ni tiempo.

(SUAREZ DE FIGUEROA, *La constante Amarilis*.)

1786.

*(Del bachiller Francisco de la Torre.)*

El pastor mas triste  
Que ha tenido el cielo,  
Dos fuentes sus ojos  
Y un fuego su pecho,  
Llorando caidas  
De altos pensamientos,  
Solo se querella  
Riberas del Duero.  
El silencio amigo,  
Compañero eterno  
De la noche sola,  
Oye su tormento.  
Sus endechas llevan  
Rigurosos vientos,  
Como su firmeza  
Mal tenidos celos.  
Solo y pensativo  
Le halla el claro Febo;  
Sale su Diana  
Y hállale gimiendo.  
Cielo que le aparta  
De su bien inmenso  
Le ha puesto en estado  
De ningun consuelo;  
Tórtola cuitada,  
Que el montero fiero  
Le quitó la gloria  
De su compañero,  
Elevada y mustia,  
Del piadoso acento  
Que oye suspirando  
Entregar al viento,  
Porque no se pierdan  
Suspiros tan tiernos,  
Ella los recoge,  
Que se duele d'ellos,  
Y por ser mas dulces  
Que su arrullo tierno,  
De su soledad  
Se queja con ellos.  
¿Qué ha de hacer el triste?  
Pierda el sufrimiento,  
Que tras lo perdido  
No caerá contento.

*(LA TORRE, Obras.)*

1787.

*(De Don Luis de Góngora.)*

Tú, noche, que alivias  
Los causados miembros,  
Cuyas negras horas  
Convidan con sueño;  
Dulce encubridora  
De los que despiertos  
De amorosos lazos  
Sacan lances bellos;  
Tú, en cuyo regazo  
El grande y pequeño  
Suspende la vida  
Y aljoja el deseo:  
Aplica á mis quejas  
El oído atento,  
Pues d'ellas el día,  
Y de mí, va huyendo,  
Mientras mi enemiga  
En el casto lecho  
Duerme sin cuidado  
De mis pensamientos.  
En pasados siglos,  
Noche, si me acuerdo,  
Tus trompetas roncadas  
Mis ojos rindieron,  
A mi lengua mudos  
Y á tus ojos ciegos,

Sin darme cuidado  
Presentes tormentos.  
Aquel tiempo fué,  
Que en fin era bueno,  
¡Y ojalá el presente  
Hiciera lo mesmo!  
Agora, cuitado,  
Usurpo tus fueros,  
Y entre tus tinieblas  
Oigo, miro y peno,  
Hecho centinela  
De mis devaneos,  
A mi bien dormido,  
Y á mi mal despierto.  
Canto con los gallos  
Cantares funestos,  
Responsos á mi alma,  
Láudes á mi cielo,  
Quejas al amor,  
Honras á mi cuerpo,  
Endechas al daño,  
Plegarias al tiempo.  
Canto el cabo de año  
Con noturno entero  
De mis esperanzas  
Que ya se murieron.  
Contemplo los cursos  
Pensando conceptos  
Para engrandecer  
A quien me ha deshecho.  
Consumo las horas  
Haciendo sonetos,  
Y en ellos alarde  
De mis desaciertos.  
Pero ¿qué me importa  
Contar mis sucesos  
A quien no es posible  
Que les dé remedio?  
Ora estás velando,  
Ora estás durmiendo,  
Ingrata señora,  
Escucha mis versos,  
Podrás cantar  
Las noches de invierno,  
Los mártires aciagos,  
Que son propios de ellos.  
Cuando yo vivía  
Mas libre y exento,  
De mi gusto esclavo,  
Solo á mi sujeto,  
Burlaba de amor  
Y de sus pecheros.  
Porque en mi opinion  
Todos eran necios;  
Y no andaba errado,  
Que quien sigue á un ciego,  
O no tiene vista,  
O es poco discreto.  
No curaba de ojos  
Garzos ni risueños,  
De tiernas palabras  
Ni blandos rodeos;  
No me suspendían  
Cejas ni cabellos,  
Nariz afilada,  
Ni nevado pecho;  
No el fuego me helaba,  
Ni quemaba el hielo,  
Ni me alborotaban  
Temerarios celos;  
No me despertaban  
Amorosos miedos,  
Ni dueñas, ni doñas  
Me traían suspenso;  
No gastaba arengas  
En dulces requiebros,  
Ni lágrimas vivas,  
Ni suspiros recios;  
Nunca con mujeres

Hablaba con seso,  
Porque me preciaba  
De ser lisonjero;  
Nunca me vió nadie  
En anocheciendo  
Andar hecho trasgo,  
Cargado de hierro.  
Estas prevenciones  
Poco me valieron,  
Que en fin vine á dar  
Al despenadero.  
Vite una mañana,  
Y quedé suspenso  
De unas cejas negras  
Y unos ojos negros;  
Perdime de vista,  
Y dejando el puerto,  
En el mar de amor  
Me entré á vela y remo,  
Comencé á ser otro,  
Descubrite el pecho,  
Mas tú le cubriste  
De amoroso fuego;  
Hallóte mi amor  
Falsa por extremo,  
Las palabras cera,  
Las obras acero;  
Ferviente en las causas,  
Tibia en los efectos,  
Fácil en promesas,  
Mudable en los hechos,  
Blanda en los halagos,  
Dura en los remedios,  
Viva en mis tragedias,  
Muerta en mis trofeos:  
En presencia, gloria,  
En ausencia, infierno,  
En público, oveja,  
Y tigre en secreto.  
Pues no eres eterna  
Ni el tiempo es eterno,  
Ni tú serás moza,  
Cuando yo sea viejo;  
Si pasa tu flor  
Quedarte has en seco,  
Rica de desdenes,  
Pobre de contento.  
Llorarás entonces  
Lo que no echas ménos,  
Y querrás comer,  
Y no habrá pan tierno...  
Pero tente, pluma,  
Que aunque no me duermo,  
Hablas con un roblo  
De esperanzas seco.

*(GÓNGORA, Obras.—It. Flor de romances, 4.<sup>a</sup> y 5.<sup>a</sup> parte.—It. Romancero general.)*

1788.

*(De Don Luis de Góngora.)*

Frescos airecillos  
Que á la primavera  
Destejeis guirnáldas  
Y esparceis violetas;  
Ya que os han tenido  
Del Tajo en la vega  
Amorosos hurtos  
Y agradables penas,  
Cuando del estío  
En la ardiente fuerza  
Alamos os daban  
Froncosas defensas;  
Alamos crecidos  
De hojas inciertas,  
Medias de esmeralda  
Y de plata medias,

De donde á las niñas  
Y á las zagalejas  
Del sagrado Tajo  
Y de sus riberas  
Mil veces llamasteis  
Y vinieron ellas  
A ocupar del rio  
Las verdes cenefas;  
Y vosotros luego  
Calándoos apriesa  
Con lascivos soplos  
Y alas lisonjeras,  
Sueño les trujisteis  
Y descuido á vueltas,  
Que en pago os valieron  
Mil vistas secretas,  
Sin tener del velo  
Envidia ni queja,  
Ni andar con la faldá  
Luchando por fuerza:  
Agora pues, aires,  
Antes que las sierras  
Coronen sus cumbrés  
De confusas nieblas,  
Y que el águila  
Con dura inclemencia  
Desnude las plantas  
Y vista la tierra  
De las secas hojas  
Que ya fueron tregua  
Entre el sol ardiente  
Y la verde yerba;  
Y antes que las nieves  
Y el hielo conviertan  
En cristal las rocas  
Y en vidrio las selvas,  
Batid vuestras alas  
Y dad ya la vuelta  
Al templado seno  
Que alegre os espera.  
Veréis de camino  
Una niña bella  
Que pisa orgullosa  
Del Bétis la arena:  
Montaraz, gallarda,  
Temida en la sierra,  
Más por su mirar  
Que por sus saetas;  
Agora la halleis  
Entre la maleza  
Del fragoso monte  
Siguiendo las fieras,  
Agora en el llano  
Con planta lijera  
Fatigado al corzo,  
Que herido vuela;  
Agora clavando  
La armada cabeza  
Del antiguo ciervo  
En la encina vieja;  
Cuando ya causada  
De la caza vuelva  
A dejar al rio  
El sudor en perlas,  
Y al pié se recueste  
De la dura peña,  
De quien ella toma  
Lección de dureza:  
Llegáos á orealla;  
Pero no tan cerca,  
Que llevais suspiros  
Y ha corrido ella.  
Si está calurosa,  
Soplad desde afuera,  
Y cuando la ingrata  
Mejor os entienda,  
Decidme, airecillos:  
«Bellísima Leda,  
Gloria de los bosques,

T. XVI.

1790.

*(De Don Luis de Góngora.)*

La mas bella niña  
De nuestro lugar  
Hoy es viuda y sola,  
Y ayer por casar.  
Viendo que sus ojos  
A la guerra van,  
A su madre dice  
Qu'escucha su mal.  
«Dejadme llorar,  
Orillas del mar.»  
Pues me diste, madre,  
En tan tierna edad  
Tan corto placer,  
Tan largo pesar,  
Y me cativaste  
De quien hoy se va,  
Y lleva las llaves  
De mi voluntad:  
«Dejadme llorar,  
Orillas del mar.»  
En llorar conviertan  
Mis ojos de hoy mas  
El sabroso oficio  
Del dulce mirar,  
Pues que no se pueden  
De hoy mas ocupar,  
Yéndose á la guerra  
Quien era mi paz:  
«Dejadme llorar,  
Orillas del mar.»  
No me pongais freno,  
Ni queráis culpar,  
Que lo uno es injusto  
L'otro por demas.  
Si me quereis bien,  
No me hagais mal:  
¡Harto peor fuera  
Morir y callar!  
«Dejadme llorar,  
Orillas del mar.»  
¡Dulce madre mia!  
¿Quién no llorará,  
Aunque tenga el pecho  
Como pedernal,  
Y no dará voces  
Viendo marchitar  
Los mas verdes años  
De mi mocedad?  
«Dejadme llorar,  
Orillas del mar.»  
Váyanse las noches,  
Pues ido se han  
Los ojos que hacían  
Los míos velar:  
Váyanse y no vean  
Tanta soledad,  
Después que en mi lecho  
Sobra la mitad.  
«Dejadme llorar,  
Orillas del mar.»

*(GÓNGORA, Obras.—It. Flor de romances, 1.<sup>a</sup> y 2.<sup>a</sup> parte.—It. Flor de varios y nuevos romances.—It. Romancero general.)*

1791.

*(De Góngora.)*

Juéves era, juéves,  
Despertóme al alba  
La inquietud confusa  
De una triste causa.  
Como enfermo hice,  
Nunca tal pensara,  
Agasajo al día,  
Desprecio á la cama:

Honor de la aldea:  
Enfermo Dalizo  
Junto al Tajo queda  
Con la muerte al lado,  
Y en manos de ausencia.  
Suplicate humilde,  
Antes que le vuelvan  
Su fuego en ceniza,  
Su destierro en tierra,  
En premio glorioso  
De su amor merezca,  
Ya que no suspiros,  
A lo ménos letra  
Y descuido á vueltas,  
De tu aguda flecha  
En el campo duro  
De una dura peña;  
Porque no es razon  
Que razon se lea  
De mano tan dura  
En cosa mas tierna,  
Adonde le digas:  
«Muere allá, y no vuelvas  
A adorar mi sombra  
Y á arrastrar cadenas.»

*(GÓNGORA, Obras.—It. MADRIGAL. Segunda parte del Romancero general.)*

1789.

*(De Don Luis de Góngora.)*

Lloraba la niña,  
Y tenía razon,  
La prolija ausencia  
De su ingrato amor.  
Dejóla tan niña,  
Que apenas creyó  
Que tenía los años  
Que há que la dejó.  
Llorando la ausencia  
Del galán traidor,  
La halla la luna  
Y la deja el sol,  
Añadiendo siempre  
Pasión á pasión,  
Memoria á memoria,  
Dolor á dolor:  
«¡Llorad, corazón,  
Que teneis razon!»  
Dícele su madre:  
—Hija, por mi amor,  
Que se acabe el llanto  
O me acabe yo.—  
Ella le responde:  
—No podrá ser, no:  
Las causas son muchas,  
Los ojos son dos.  
Satisfagan, madre,  
Tanta sinrazon,  
Y lágrimas lloren  
En esta ocasion  
Tantas como d'ellos  
Un tiempo tiró  
Flechas amorosas  
El arquero dios.  
Ya no canto, madre,  
Y si canto yo,  
Muy tristes endechas  
Mis canciones son;  
Porqu'el que se fué  
Con lo que llevó  
Se dejó el silencio,  
Se llevó la voz.—  
«¡Llorad, corazón,  
Pues teneis razon!»

*(GÓNGORA, Obras.)*

59

Troquéla en vestido,  
Y vi lo que llaman  
Risa del aurora  
Por labios de grana.  
Aunque amanecía  
La luz embozada,  
Con hocico el cielo,  
El sol con lagañas,  
De arriba decían  
Unas voces pardas :  
— Agua va, señores,  
Que las nubes vacían —  
Cuando Anica en corto  
Por mi calle baja,  
Huyendo el aviso,  
Flechando la aljaba,  
Cubriendo el semblante  
La linda rapaza,  
Lo lascivo enseña  
Lo divino tapa.  
Al tiempo que aplica  
Su embozo á la cara,  
Por celajes mira,  
Por tronera mata.  
Cuando airosa pisa,  
Parece que calza  
Chapin de granizo  
Que cayendo salta  
Picante y menudo :  
Su paso imitaba  
Mucho á la pimienta,  
Algo á la mostaza.  
Vistese á lo cielo,  
Tápase á lo falsa,  
Lo celoso ofrece,  
Lo amoroso guarda ;  
Con bizarro talle  
Ostenta gallarda,  
Alma en las acciones,  
Azogue en el alma.  
Yo la vi, señores,  
Yo vi que mostraba  
Nieve en sus muñecas  
Y nieve sus llamas.  
No pensé que fuera  
Tan bella y honrada,  
Tan briosa y noble,  
Tan hermosa y casta.  
Con solo un ceceo  
Intenté llamarla,  
Pues vi que mi afecto  
Bosquejó mis ansias ;  
Pero sus desdenes  
Mi engaño declaran,  
Y al desden entregan  
Tanta confianza.  
Llaméla corrido,  
No por enojarla,  
Lo que dice el vulgo  
Nombre de las pascuas.  
De vergüenza dicen  
Que vistió la cara ;  
Aumentó rigores,  
Prometió venganzas :  
Hallé, aunque jamas  
Verlo imaginaba,  
Hermoso el enojo,  
Discreta la rabia.

(ALFAY, Poesías varias de grandes in-  
genios, etc.)

## 1792.

(De Juan de Salinas \*.)

La moza gallega  
Qu'está en la posada  
Subiendo maletas  
Y dando cebada,

Llorosa se sienta<sup>2</sup>  
Encima de un arca  
Por ver á su huésped<sup>3</sup>  
Que tiene en el alma,  
Mocito espigado  
Con trenza de plata,  
Que canta bonito  
Y tañe guitarra.  
Con lágrimas vivas  
Que al suelo derrama,  
Con tristes suspiros  
Y quejas amargas,  
Del rabioso pecho  
Descubre las ansias.  
« ¡ Mal haya quien fia  
De gente que pasa ! »  
Pensé qu'estuviera  
Dos meses de estancia  
Y que al cabo d'ellos  
Con él me llevara ;  
Pensé qu'el amor  
Y fe que cantaba,  
Supiera rezado  
Tenella y guardalla ;  
Pensé qu'eran firmes  
Sus falsas palabras :  
« ¡ Mal haya quien fia  
De gente que pasa ! »  
Díerale mi cuerpo,  
Mi cuerpo de grana,  
Para que sobre él  
La mano probara,  
Y jugara á medias,  
Perdiera ó ganara.  
Hámelo rasgado  
Y henchido de manchas,  
Y de los corchetes  
El macho me falta<sup>4</sup>.  
« ¡ Mal haya quien fia  
De gente que pasa ! »  
Hámelo parado,  
Qu'es vergüenza amarga<sup>5</sup> !  
¡ Ay Dios ! si lo sabe,  
¡ Qué dirá mi hermana ?  
Dírame que soy  
Una perdularia,  
Pues di de mis prendas  
La mas estimada ;  
¡ Y él va tan alegre  
Y mas que la pascua !  
« ¡ Mal haya quien fia  
De gente que pasa ! »  
¡ Qué pude hacer mas  
Que darle polainas  
Poniendo en sus puntas  
Encaje de Holanda ;  
Cocelle su carne,  
Hacelle su salsa,  
Encender su vela  
De noche, si llama,  
Y por dalle gusto,  
Soplalla y matalla ?  
« ¡ Mal haya quien fia  
De gente que pasa ! »  
Lévame contigo,  
Serviré en la farsa<sup>6</sup>  
De hacer mi figura  
En la zarabanda,  
Solo por no verme  
Fuera de tu alma. —  
En esto ya el huésped  
Las cuentas remata ;  
El pié en el estribo  
Furioso cabalga,  
Y ella que le vido  
Volver las espaldas,  
Con mayores llantos  
Que la vez pasada,  
Dice, sin poder

Refrenar sus ansias :  
« ¡ Mal haya quien fia  
De gente que pasa ! »

(Flor de romances, 1.<sup>a</sup> y 2.<sup>a</sup> parte. —  
It. Flor de varios y nuevos romances,  
2.<sup>a</sup> parte. — It. Romancero general. —  
It. Códice de poesías de Salinas y  
otros.)

<sup>1</sup> Es una lindísima composición escrita  
con gracia, donde la sencillez de la expresi-  
on mas inocente esconde la malignidad  
del poeta, que aparece en el doble sentido  
que puede darse á las ideas equivocadas que  
presenta.

<sup>2</sup> En el códice dice: *Penosa se sienta.*

<sup>3</sup> En id. dice: *Por ver tr su huésped.*

<sup>4</sup> En id. dice: *Un macho me falta.*

<sup>5</sup> En id. dice: *Qu'es vergüenza mala.*

<sup>6</sup> En el Romancero general dice :

Servirte he de gracia  
Solo por no verme, etc.

## 1793.

(De Baltasar de Alcázar.)

El pastor mas triste  
Qu'en el valle y sierra  
Pace su ganado  
La fragante yerba,  
Con lágrimas dice  
A la causa d'ellas  
Sus ansias mortales  
Que mucho le aquejan :  
« Morena bella,  
Tóquete de mi fuego  
Una centella. »  
Del alado dios  
Un rayo te enciende,  
Pues al de tus ojos  
No hallo defensas,  
Aunque para verte  
Que ceniza vuelva  
Lo que mas deseo  
Y menos desear  
« Morena bella, etc. »  
Me llamas, Belisa,  
La mas estimada ;  
Mas falso que Eneas,  
Y sin conocerme  
Por tal me condenas :  
Si á otro cielo adoro,  
Fálteme la tierra ;  
Y el de tu hermosura  
Me falte en ausencia.  
« Morena bella, etc. »  
La luz de tu rostro  
Que mis ojos ciega,  
Destierre del mio  
Las tristes tinieblas ;  
Hasta que te ablandes  
Creczan mis endechas,  
Creczan mis suspiros,  
Mis lágrimas crezcan.  
« Morena bella, etc. »  
Y que cuando caigan  
De las altas sierras  
Las oscuras sombras  
De la noche negra,  
Hacia su majada  
El pastor da vuelta,  
Y en el monte y valle  
El eco resuena :  
« Morena bella,  
Tóquete de mi fuego  
Una centella »

(Códice de poesías de Alcázar, siglo XVII.)

## 1794.

(De Don Francisco de Quevedo.)

Estaba Amarilis,  
Pastora discreta,  
Guardando el ganado  
De su hermana Aleja,  
Sentada á la sombra  
De una parda peña,  
Haciendo guirnalda  
Para su cabeza.  
Cortaba las flores  
Que topaba cerca ;  
Veníanse á sus manos  
Las que estaban lejos ;  
Las que se ceñía  
Siempre estaban frescas,  
Mas las que dejaba,  
De envidiosas, secas.  
El aire jugaba  
Con sus rubias trenzas,  
Por mostrar al cielo  
Soles en la tierra.  
Cautábale el rio  
Con voz tan serena  
Como enamorado  
Que su dama alegra.  
El sol, que la mira  
Tan hermosa, piensa  
Que, ó tiene dos caras,  
O qu'el sol es ella.  
Su ganado ufano  
Anda por las cuestas,  
Con tanta hermosura,  
Sin temor de fieras,  
Gordo ; mas ¡ qué mucho  
Lo estén las ovejas,  
Que de la sal gozan  
Solo con el verla !  
A mirar se puso  
Unas ramas tiernas  
Que arrojaba el aire  
Dentro de Pisuegra :  
Mira cómo el tronco  
El agravio venga,  
Azotando el viento  
Con la verde cresta.  
Dióla un sueño blando ;  
Ambos soles cierra,  
Dando noche á todos  
En que tristes duerman.  
Quedó reclinada  
Sobre verdes yerbas  
A la dulce sombra  
De un haya grosera,  
Cuando por un lado  
Vi venir lijeras  
A su bello rostro,  
Nueve ó diez abejas,  
Que buscando flores,  
Engañadas piensan  
Que son sus mejillas  
Rosas y azucenas,  
Sus labios claveles,  
Jazmin y violetas  
El aliento dulce,  
Y ella primavera.  
Alegres llegaron,  
Y en su cara mesma  
Hicieron asiento  
Cuatro ó cinco d'ellas :  
Las alas pusieron  
Para hurtar belleza,  
Y hacer de sus flores  
Dulce miel y cera.  
Yo las daba voces ;  
Yo las dije : — ¡ Necias !  
Que quereis de un mármol  
Sacar blanda cera :

Venis engañadas,  
Que son flores estas  
Que aun no le dan fruto  
A quien no las muestra.  
Si quereis fiaros  
De mis experiencias,  
No bagais miel de flores  
Que veneno engendran :  
Dulces son sin duda ;  
Mas amor que vuela,  
Cual zángano goza  
Todas sus colmenas.  
Ella en este punto,  
Del sueño despierta ;  
Abrió entrambos ojos  
Con beldad inmensa,  
Y á las avecillas  
Con dos soles ciega,  
Por no tener vista  
De águilas soberbias.  
Murmurando huyen,  
Y cobardes piensan  
Que luz que ha cegado  
Sus ojuelos, quemá.  
La miel que buscaban  
En sus bellas prendas,  
De solo miralla  
La llevaron hecha.

(QUEVEDO, Obras. — It. MADRIGAL, Se-  
gunda parte del Romancero general.  
— It. Maravillas del Parnaso.)

## 1795.

(De Don Francisco de Quevedo.)

Tus niñas, Mérica,  
Con su luz me asombran,  
Pues mirando, apenas  
Dan á mirar glorias,  
Ojos paladines,  
Que por toda Europa  
Desventuras vencen,  
Y aventuras logran.  
Es gala y no culpa  
En tí ser traidora,  
Que tendrás dos caras,  
Y ambas son hermosas :  
Rica y avarienta  
Tienes esa boca,  
Pues de ricas perlas  
Nunca das limosna.  
Esas tus mejillas,  
De lo que les sobran  
Prestan al verano  
Lo que el mayo adorna :  
Tu cabello bate  
Moneda y coronas ;  
Indias, tus dos sienes,  
Minas son tus colias :  
Elevado fuego  
De tus manos brota,  
Amenazan hielos  
Cuando rayos forman :  
Todos te codician,  
Y te envidian todas ;  
Solo yo te pierdo  
Por mi dicha corta.

(Primavera y flor de romances, 2.<sup>a</sup> parte.)

## 1796.

(Del príncipe de Esquilache.)

Truécanse los tiempos,  
Múdanse las horas,  
Yo las daba voces,  
En pesares otras.  
En la primavera,  
De la mas hermosa,

Noche son los años,  
La niñez aurora ;  
El árbol florido  
Que el cierzo despoja,  
Si enero le agravia,  
Mayo le corona ;  
La callada fuente  
Que murmura á solas,  
En verano ríe,  
Y en invierno llora ;  
Si en prisiones duermen  
Las aves sonoras,  
Libertad de día  
Por los aires gozan ;  
Si los vientos braman  
Y la mar se enoja,  
Cuando el alba nace  
Descansan las olas ;  
Si de nieve mira  
Cubierta su choza  
El pastor qu'en ella  
Guarda ovejas pocas,  
Cuando vuelve mayo  
Que sus pajas dora ;  
Los copos de nieve,  
De plata son copas.  
La viuda montaña  
Sus nevadas tocas  
Por galas las trueca  
De lirios y rosas ;  
Y el sol, á quien prenden  
Sus pasos las sombras,  
Mas galan despierta  
Por campos de aljófar ;  
Para todos sale  
Desterrando á todas  
Que las sombras huyen  
De su luz medrosas :  
Silvia, tus cabellos  
Y mejillas rojas,  
Si el tiempo las pinta,  
El mismo las borra.

(ESQUILACHE, Obras.)

## 1797.

(Del príncipe de Esquilache.)

De las playas, madre,  
Donde rompe el mar  
Parten las galeras,  
Con mi bien se van :  
Cuanto mas las llamo  
Ellas huyen mas ;  
Si las lleva el viento,  
¿ Quién las detendrá ?  
El de mis suspiros  
Hácelas volar,  
Cuando mas pretendo  
Que vuelvan atras ;  
Si forzados quedan,  
Forzados irán,  
Unos á partirse  
Y otros á quedar :  
« Llamo con suspiros  
El bien que pierdo,  
Y las galerillas  
Baten los remos. »  
De casas que huyen  
¿ Quién podrá fiar  
Un amor de asiento  
Que tan firme está ?  
Si lijeras vuelan,  
¿ Dónde pararán ?  
Que quien tanto corre  
Suele tropezar.  
Los azules campos  
Vuelven de cristal :  
Todo cuanto tocan

Mudándose va.  
No está el mar seguro  
Ni el viento jamás:  
Mis suspiros solos  
En un sér están:  
« Llamo con suspiros  
» El bien que pierdo;  
» Y las galerillas  
» Baten los remos.»

(ESQUILACHE, Obras.)

1798.

(De Don Antonio Hurtado de Mendoza.)

Pastores, que me abraso,  
Encanto hay en las selvas,  
Peligros en las flores,  
Venenos en las yerbas:  
Cristales disimulan  
Engaños de sirenas;  
Efectos de mudanza  
Lo firme de las peñas.  
Cuanto se toca es fuego,  
Cuanto se escucha, quejas,  
Cuanto se ve, milagros,  
Cuanto se siente, penas.  
Yo vi del sol los rayos  
Servir á dos estrellas,  
Al alba en dulce risa,  
Al sol en breve esfera.  
Hermosa cazadora  
Tiranzó la tierra,  
Favoreciendo al campo  
Con piés de primavera.  
De un arco defendida,  
En una aljaba lleva  
Mil flechas para un alma  
Y un alma en cada flecha.  
Temedla al fin, zagales,  
Que trata su belleza  
Las fieras como hombres,  
Los hombres como fieras.  
Escarmentad de verme  
Siguiendo su violencia,  
Con voces, porque escuche;  
Con pasos, porque vuelva.

(ALFAY, Poesías varias de grandes ingenios, etc.)

1799.

(De Don Antonio de Mendoza.)

A los años bellos  
Que Amarillis goza,  
En quien son los días  
Todos una aurora:  
La discreta Nise,  
De la selva umbrosa  
Junta la hermosura  
Y belleza toda.  
Salen á la fiesta  
Cuatro labradoras,  
De las flores vida,  
De los campos gloria:  
Atuera, que sale  
Jacinta briosa,  
De los hombres guerra,  
De los aires pompa;  
Aparta, que llega  
Belisarda airosa,  
Que á su gracia mucha  
Toda envidia es poca;  
Desvía, que viene  
Félida, quejosa  
Que presume el alba  
Competencias locas;  
Hagan plaza, que entra

Antandra, que en sombra  
Deja todo el sol  
Su hermosura sola.  
Van cuatro mancebos  
En gallarda tropa,  
Mas que á competencias  
A rendir victorias.  
Imitan sus lazos  
Las aguas sonoras,  
Que en confuso enredo  
Los prados coronan.  
Los céfiros dulces  
Nuevo tono informan  
A las tiernas aves  
Y á las verdes hojas.  
Estos rayos españoles,  
Nuevas de amor, alegrías  
En la edad no parecen días,  
Y en la hermosura son soles.  
Entre el bello resplandor  
De los campos de luces mayores  
De Amarillis nacen las flores  
Y es Belisa de todas la flor.  
A mudanzas nuevas  
Todos ocho tornan,  
Que mudanza siempre  
Una llama á otra.

Cantares.

« Nunca en las deidades  
» Años se cuentan;  
» Mas los tuyos, zagala,  
» Son deidad nueva.  
» Bellos imposibles  
» Tus años hacen,  
» Y creer tu hermosura  
» Son los mas grandes.  
» A milagros los días  
» Miden tu rostro;  
» Que ser puede mas bello  
» Lo mas hermoso.  
» Mas belleza que tienes  
» No puede haberla,  
» Y en tus años miramos  
» Que hay mas belleza.»

(HURTADO DE MENDOZA, Obras.)

1800.—1801.

(De Don Antonio de Mendoza.)

El alba es Marica,  
El alba que sale,  
Allá va, señores,  
No se aparte nadie,  
A lavarse al soto  
Donde está en las tardes,  
El río en los huesos  
Y Madrid en carnes.  
Oigan de la niña  
La pintura y talle:  
Brindis, mancebitos;  
Al arma, galanes.  
Es una muchacha  
Linda y agradable,  
Aguila del gusto,  
Fénix del donaire:  
Cabellos castaños,  
En vez de alazanes,  
Sin delitos rubios,  
Tan validos ántes;  
Ojos de pimienta,  
Chicos y picantes,  
Algo portugueses,  
Bayetosos, graves.  
Sus manos y cejas  
Daban criminales  
Cédulas de nieve,  
Chirlos de azabache;  
Bien poblada boca,

Donde son iguales  
De carniu las puertas,  
De jazmin las llaves;  
Un pié revoltoso  
Preso en breve cárcel,  
Ni comun en gusto,  
Ni aliñoso en balde,  
Cuando si descoge  
Sus habilidades,  
Alma es del bureo,  
Los prados coronan.  
Ya Don Fulanito  
De Caniculares,  
Nacido en la India  
Y barbado en Flándes,  
Daba en el ocaso  
Con sus roncantes  
Relinchos de nubes  
Coces de celajes  
Y cuna de arena,  
Meciendo los aires,  
Alfajado en polvos  
Niño Manzanares,  
Cuando Mariquilla  
Quiere, por templarse,  
Que se encienda el río,  
Que la luz se bañe;  
Y al tiempo que el alba,  
De las flores madre,  
Nubes desemboza  
Cuando alegre sale,  
Fué corriendo velos  
A su hermosa imágen,  
Templo de deseos,  
Idolo de amantes.  
Era un sol en nieve,  
Una aurora en carnes,  
Desnublado un cielo,  
Sabanado un ángel.  
Parad, colorados,  
Dulces consonantes;  
Verde, alegre musa,  
Lo sangriento baste.

(ALFAY, Poesías varias de grandes ingenios.)

1802.

(Anónimo.)

Madre, un caballero  
Que á las fiestas sale,  
Que mata los toros  
Sin qu'ellos le maten,  
Mas de cuatro veces  
Pasó por mi calle  
Mirando mis ojos  
Porque le mirase.  
« ¡ Rabia le dé, madre,  
» Rabia que le mate! »  
Músicas me daba  
Para enamorarme,  
Papeles y cosas  
Que las lleva el aire:  
Signiome á la iglesia,  
Siguiome en el baile  
De día y de noche,  
Sin querer dejarme.  
« ¡ Rabia le dé, madre,  
» Rabia que le mate! »  
Y de mis colores  
Dió en vestir sus pajes  
Al uso moderno,  
Qu'es corto de talle.  
Si como mis bienes  
Ay! fueran sus males,  
Nunca aquestas cosas,  
Madre, fueran tales,  
Ni jamas lo fueran

Para enamorarme.  
« ¡ Rabia le dé, madre,  
» Rabia que le mate! »  
Viéndome tan dura  
Procuró ablandarme  
Por otro camino  
Mas dulce y suave:  
Diome unos anillos  
Con unos corales,  
Zarcillos de plata,  
Botillas y guantes;  
Diome unos corpiños  
Con unos cristales:  
« Negros fueron ellos,  
» Pues negros me salen!

« ¡ Rabia le dé, madre,  
» Rabia que le mate! »  
Perdí el desamor  
Con las libertades,  
Quisele bien luego,  
Bien le quise, madre.  
Empecé á quererle,  
Empezó á olvidarme;  
Muérome por él,  
No quiere él mirarme.  
« ¡ Rabia le dé, madre,  
» Rabia que le mate! »  
Pensé enternecerle.  
¡ Mejor mala landre!  
¡ Halléle mas duro  
» Que unos pedernales!  
» Anda enamorado  
» De otra de buen talle,  
» Que al primer billete  
» Le quiso de balde.  
« ¡ Rabia le dé, madre,  
» Rabia que le mate! »  
¡ Nunca yo le fuera,  
» Madre, miserable,  
» Pues no hay interes  
» Que al fin no se pague!  
» ¡ Mal haya el presente  
» Que tan caro sale!  
» ¡ Y mal haya él,  
» Que tanto mal sabe!

« ¡ Rabia le dé, madre,  
» Rabia que le mate! »  
Y al correr los toros  
Mañana en la tarde,  
No haga las suertes  
Que mi alma sabe:  
Fáltele la lanza  
Y el rejon le falte  
Con que antaño hizo  
Tan vistosos lances;  
Y cuando en las cañas  
Mas gallardo ande,  
Cañazo le dén  
Que le descalabre.  
« ¡ Rabia le dé, madre,  
» Rabia que le mate! »  
Y al correr la plaza  
Con otros galanes,  
Caida de él solo  
Que no se levante;  
Salga de las fiestas  
Tal, que otros le saquen,  
Y cuando estas cosas,  
Madre, no le alcancen,  
« ¡ Rabia le dé, madre,  
» Rabia que le mate! »

(Romancero general.)

1803.

(Anónimo.)

¡ La niña morena,  
Que yendo á la fuente

Perdió sus zarcillos,  
Gran pena merece!  
Diérame mi amado,  
Antes que se fuese,  
Zarcillos dorados,  
Hoy hace tres meses.  
Dos candados eran  
Para que no oyese  
Palabras de amores  
Que otros me dijese.  
Perdílos lavando:  
¿ Qué dirá mi ausente,  
« Sino que son unas  
» Todas las mujeres? »  
Dirá que no quise  
Candados que cierren,  
Sino falsas llaves,  
Mudanza y desdenes;  
Dirá que me hablan  
Cuantos van y vienen,  
« Y que somos unas  
» Todas las mujeres. »  
Dirá que me huelgo  
De que no parece  
El domingo en misa,  
Ni en mercado el juéves;  
Que mi amor sencillo  
Tiene mil dobleces,  
« Y que somos unas  
» Todas las mujeres. »  
Diráme: — ¡ Traidora,  
» Que con alfileres  
» Prendes de tu copia  
» Lo que mi alma prende! —  
Cuando esto me diga  
Diréle que miente,  
« Y que no son unas  
» Todas las mujeres. »  
Diré que me agrada  
Pues no hay interes  
Muy mas qu'el brocado  
Que visten marqueses;  
Que su amor primero  
Primero fué siempre;  
« Que no somos unas  
» Todas las mujeres. »  
Diréle qu'el tiempo,  
Qu'el mundo revuelve,  
La verdad que digo  
Verá si quisiere.  
¡ Amor de mis ojos,  
» Burlada me dejes  
» Si yo me mudare  
» Como otras mujeres! »

(Flor de romances, 1.<sup>a</sup> y 2.<sup>a</sup> parte.  
It. Flor de varios y nuevos romances.—It. Romancero general.)

1804.

(Anónimo.)

— ¡ Que me maten, la dije:  
Si no es hermosa!  
« Respondiome: — Morena,  
» Pero graciosa. »  
Riberas del río,  
Do las aguas doran  
Al prado, dejando  
Márgen arenosa,  
Me topé una niña;  
Mas ¿ qué digo? diosa;  
Que sin duda lo era  
Por ser tan graciosa.  
La cara cubierta  
Llevaba á deshora;  
Mas daba su brio  
Muestras de su gloria.  
Deseoso de ver

Patente su aurora,  
Me allegué y la dije:  
— ¡ Sin duda es hermosa? —  
« Respondiome: — Morena,  
» Pero graciosa. »  
— Aunque esté encubierta  
Esa luz que adora  
Mi alma rendida,  
Que hoy os da victoria,  
No presumo, reina,  
Ni es razon, mi diosa,  
Que piense que encierra  
Cosa alguna impropia;  
Qu'el ir encubierta,  
En vos, no denota  
Sino que lo bueno  
Muy caro se goza;  
Por do tengo, reina,  
Por muy cierta cosa  
Que aunque disfrazada  
Debeis ser hermosa.  
« Respondiome: — Morena,  
» Pero graciosa. »

(Romancero general.—It. MADRIGAL.  
Segunda parte del Romancero general.)

1805.

(Anónimo.)

Ebro caudaloso,  
Fértil ribera,  
Deleitosa prados,  
Fresca arboleda:  
Decidle á mi niña,  
Qu'en vosotros huelga,  
« Si entre sus contentos  
» De mi se acuerda. »  
Aljófar precioso,  
Que la verde yerba  
Bordas y matizas  
Con el alba bella;  
Fresca y verde juncia,  
Peces, plantas, piedras:  
Decidle á mi niña,  
Cuando se recrea,  
« Si entre sus contentos  
» De mi se acuerda. »  
Alamos frondosos,  
Blancas arenuelas,  
Por donde mi niña  
Alegre pasea:  
Decidle si acaso  
T'opareis con ella,  
« Si entre sus contentos  
» De mi se acuerda. »  
Parlerillas aves,  
Que á la aurora bella  
Haceis dulce salva  
Con arpadas lenguas,  
Decidle á mi niña,  
Flor d'esta ribera,  
« Si entre sus contentos  
» De mi se acuerda. »

(Romancero general.—It. MADRIGAL.  
Segunda parte del Romancero general.)

1806.

(Anónimo.)

Romped, pensamientos,  
El aire sutil,  
« Y á mi bella ingrata  
» Mi mal le decid. »  
De todas sus señas  
Os quiero advertir,  
Qu'es en forma humana